



## Capítulo 15

# El pensamiento pragmatista en la actualidad: conocimiento, lenguaje, religión, estética y política

Pablo Quintanilla y Claudio Viale

Editores



**FONDO  
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

*El pensamiento pragmatista en la actualidad:  
conocimiento, lenguaje, religión, estética y política*  
Pablo Quintanilla y Claudio Viale, editores

© Pablo Quintanilla y Claudio Viale, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015  
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú  
Teléfono: (51 1) 626-2650  
Fax: (51 1) 626-2913  
feditor@pucp.edu.pe  
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: octubre de 2015  
Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13370  
ISBN: 978-612-317-137-7  
Registro del Proyecto Editorial: 31501361500976

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa  
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

**TROPOLOGÍA, REALISMO FIGURAL Y LA CONTINGENCIA  
DE LA INTERPRETACIÓN HISTORIOGRÁFICA.  
APORTES PRAGMATISTAS A LA NUEVA FILOSOFÍA  
DE LA HISTORIA**

**Verónica Tozzi**

Universidad de Buenos Aires

Universidad Tres de Febrero

CONICET

La historia es discurso, la historia es relato, la historia es escritura. Desde la institucionalización de la historia científica, historiadores y filósofos de la historia se han preocupado por mostrar cómo este discurso, relato o escrito acerca del pasado se diferencia de otros discursos, relatos y escrituras por su propósito o pretensión de verdad. Ahora bien, lo que ha caracterizado a la historia científica desde su constitución es la persistente coexistencia de interpretaciones alternativas y conflictivas acerca de la misma porción de pasado, de manera que este hecho complica la realización de su objetivo: alcanzar la verdad. Esta naturaleza disputada y disputable nos deja en el siguiente dilema: o bien admitir la coexistencia de muchas verdades o bien negar legitimidad al propósito. Las discusiones acerca del estatus del conocimiento histórico han discurrido frecuentemente alrededor de la conveniencia o no de que la historia trate de emular los métodos de las ciencias naturales o sociales, específicamente en relación al hecho de que la historia, al ser escrita en lenguaje narrativo, no logra demarcarse ni del discurso literario ni del discurso del sentido común, plagado de términos vagos, ambiguos y cargados de valoraciones. Como podemos ver, la cuestión del lenguaje es interna al propio quehacer historiográfico, pero su tratamiento ha sido en general en el marco de evitar los descuidos y excesos propios de la práctica cotidiana y de la libertad literaria. No será hasta la llegada de la nueva filosofía de la historia (en adelante, NFH) que el interés en el lenguaje del historiador va a sufrir un cambio radical en el sentido de que ya no estará guiado por la pregunta por los límites de lo que se puede decir o escribir

en pos de la objetividad o la verdad, sino por las consecuencias práctico-políticas de todo discurso sobre el pasado, incluso el más científico. La elección por parte del historiador entre mantenerse en la familiaridad del lenguaje ordinario, virar hacia la precisión técnica de un lenguaje científicista o permitirse alguna licencia literaria no se dirime por la supuesta cercanía o lejanía con la realidad pasada. Ningún estilo garantiza más su fidelidad con la realidad, por lo cual, la NFH en lugar de prescribir el estilo que deben adoptar los historiadores para alcanzar la «verdad», promueve lo que ha devenido en llamarse la *autoconciencia lingüística*. Esto es, para todos aquellos que nos interesamos, ya sea desde la historia, los estudios de la memoria o la filosofía de la historia, en las consecuencias de nuestras adopciones lingüísticas para representar el pasado, la NFH advierte que ningún discurso, ni siquiera el construido desde la claridad o precisión científica es inocente o sin consecuencias en la esfera pública. La NFH ha sido atacada desde diversos frentes por su supuesto ataque a la historia, producto, según se ha dicho, de la adopción del idealismo y el determinismo lingüísticos, conducentes al escepticismo acerca del conocimiento histórico. Es entonces desde el lugar de la filosofía de la historia que llamo a una conversación con los aportes del abordaje pragmatista del lenguaje y del conocimiento, específicamente aquellos que han surgido de la reflexión sobre los estudios sociales e históricos, como es el caso del conductismo social de George Mead, y el programa fuerte para la sociología del conocimiento de Barry Barnes, David Bloor y, más recientemente, Martin Kusch, quienes no han encontrado colisión entre su aproximación sociolingüística de la epistemología y su apreciación positiva de la historia como ciencia. La obra de Mead ha sido ampliamente reconocida en el ámbito de la indagación sociológica y la Argentina es pionera en ello. *Mind, Self and Society* fue editado en español, en 1953, bajo la supervisión del sociólogo italiano<sup>1</sup>. Más recientemente, es de destacar el lugar privilegiado que Jürgen Habermas le ha dado a Mead en su gran obra *Teoría de la acción comunicativa*. Pero las consecuencias de su trabajo para la filosofía de la historia están hoy inexploradas y merecen no solo un artículo independiente sino hacer de Mead un interlocutor insoslayable en las discusiones de este siglo sobre el conocimiento histórico. Por su parte, el *programa fuerte*, al profundizar y desarrollar las raíces wittgensteinianas de Kuhn y tan prolíficas en sus estudios sociológicos e históricos de la ciencia, sigue encontrando resistencia en el ámbito de la filosofía de las ciencias naturales. Al igual que la NFH, estos dos movimientos son tratados como si favorecieran un ataque a la ciencia, una forma más de oscurantismo. Por ello, lo que intento mostrar en este texto es que este diálogo entre el pragmatismo y la NFH

---

<sup>1</sup> Germani había emigrado a la Argentina en 1934, escapando del régimen fascista de Mussolini. Fue fundador de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en 1957.

no es un ataque a la ciencia sino a cierta filosofía comprometida con el dualismo mente-mundo o lenguaje-realidad, individuo-sociedad, cuya adopción no hace ninguna diferencia en la práctica. Este diálogo es una invitación a reflexionar sobre la práctica científica con los mismos recursos con que ella misma realiza su tarea creativa de conocimiento. En la primera parte expongo un estado de la cuestión en la NFH. En la segunda relevo las contribuciones pragmatistas a los dilemas abiertos por dicha corriente. En la tercera propongo la interlocución entre el pragmatismo y un escrito poco leído pero crucial de Hayden White en el que expone su metahistoria en el mismo acto de aplicación al análisis de un texto de Proust, por ser el texto un ejemplo de escritura en el que se combina el uso de los tropos para hablar de la realidad con la reflexión lingüística sobre ese uso.

## 1

La NFH es un movimiento originado por la aparición, en 1973, de *Metahistory, The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* de White, y continuado por Frank Ankersmit, Keith Jenkins y otros. Su aparición implica la apertura al giro lingüístico en la filosofía de la historia, por tomarse en serio y como objeto de indagación el hecho de que toda reconstrucción acerca de lo que ocurrió en el pasado, comporta la producción en el lenguaje de una representación que asume, explícita o implícitamente, compromisos ontológicos, práctico-políticos y estético-expresivos (1999b). El resultado de complejizar las dimensiones de la escritura histórica conduce a la disolución de demarcaciones esenciales entre *historia* y *filosofía de la historia* o entre *narrativa histórica* y *narrativa literaria*, pues todo discurso acerca del pasado trata de hacerlo inteligible a través de la elaboración de figuraciones que permitan relacionar de una manera sincrónica acontecimientos que se han dado en forma diacrónica. En esta tarea, historiadores y filósofos de la historia lidian con los recursos lingüísticos que les provee su cultura para producir una consideración «realista» del pasado que medie, entre otras consideraciones alternativas e incluso conflictivas, el registro sin pulir y el público (1999b).

La NFH no se ha limitado a argumentar sobre la *lingüísticidad* constitutiva del mundo sino que ha impulsado el emprendimiento de un programa de indagación a partir de la introducción de conceptos metahistóricos para el análisis de las controversias historiográficas concretas que parecen endémicas a la historiografía, pues ninguna evidencia o acuerdo en la evidencia facilitan el consenso interpretativo acerca del pasado. A lo largo de su trayectoria académica White se ha ocupado de analizar las derivas de la representación realista del pasado. Este análisis se ha provisto de dos estrategias teóricas fundamentales: la teoría de los tropos o tropología,

tomada de la retórica clásica, con el objeto de dar cuenta de las diferencias y divergencias entre interpretaciones alternativas y controversiales acerca del pasado, y el realismo figural de Erik Auerbach, con el fin de rastrear en la literatura occidental, las diversas propuestas que en diversas épocas se han ofrecido para dar cuenta «realistamente» de la realidad. Como consecuencia, White nos provee de un instrumento de carácter metahistórico para tramar la historia del realismo en occidente. Las nociones de figura y cumplimiento resultan de sumo provechosas para trazar las conexiones que diversos escritores han realizado entre los acontecimientos para representarlos adecuadamente y, por el otro, las conexiones que se establecen en estos sucesivos intentos de representación. Cada representación del pasado resulta ser una articulación figural que se presenta a sí misma como retrospectivamente cumpliendo la promesa que representaciones anteriores no han logrado pero que dejaron a la posteridad<sup>2</sup>. La naturaleza contextual del realismo, así como la imposible satisfacción de dar cuenta de la realidad que lleva a un constante desplazamiento en búsqueda de nuevas representaciones, no debe tomarse en términos whiteanos como un camino de progreso y acercamiento a la verdad.

Por ello, en este punto tiene sentido la apelación de White a la tropología para reconstruir los desplazamientos conceptuales<sup>3</sup>. El análisis metahistórico tropológicamente informado permite apreciar que la no resolución por apelación a la evidencia documental de una controversia historiográfica se debe, por un lado, a que cada interpretación del pasado es una articulación contingente de la dimensión epistémica (modo de explicar), la dimensión estética (modo de trama) y la dimensión ideológica, y, por el otro, que la articulación alcanzada no le viene dictada por la evidencia ni por la realidad en sí, sino que es una adopción, no racional ni lógica, de una manera entre otras de conectar *acto*, *acción*, *actor*, *evento*, *agencia*, *circunstancia*, *condición*, *plan*, *propósito*, *éxito*, *error*, *fracaso*. La metáfora, la metonimia, la sinécdoque y la ironía darían cuenta de las diferencias de conexión de estos elementos básicos que atraviesan la combinación entre las dimensiones explicativa, estética y narrativa.

<sup>2</sup> De ello, se derivan tres prescripciones metodológicas. Cada representación de la realidad (literaria o histórica) es, en primer lugar, una propuesta de mirar bajo otro aspecto los acontecimientos pasados. Se nos insta a asumir otra perspectiva, con la promesa de que bajo esta nueva mirada la realidad se verá mejor. En segundo lugar, cada propuesta no es neutral o aséptica sino que se hace siempre desde algún contexto (disciplinar y/o político) y es el contexto el que legitima la significación alcanzada. En tercer lugar, ninguna representación llegará a ser ella misma una consumación de su propia propuesta de representación.

<sup>3</sup> Mi objetivo es evitar la consideración de los tropos como prefiguraciones del estilo de los textos (la tesis fuerte de metahistoria) y profundizar en cierta línea sugerida en «Narrative, Description, and Tropology in Proust», acerca de que los tropos iluminan el cambio conceptual e interpretativo. Estrategia que ha sido sugerida por Lavagnino (2011) pero que fundamentaré desde otra perspectiva y con otro marco filosófico.

Por otra parte, no debe pensarse que cada interpretación o representación historiográfica puede analizarse de manera aislada en términos del tropo informante, lectura que ha sido favorecida por la interpretación kantiana de los mismos como modos diversos de la conciencia histórica aplicados al contenido, lectura que favorece, según mi visión, el relativismo histórico de corte escéptico. Esta exposición del análisis tropológico ha devenido canónica, se la puede encontrar en cualquier escrito crítico o positivo de la obra de White. Lo que yo propongo en este artículo es leer el ciclo tropológico en términos conversacionales para evitar el idealismo y el determinismo lingüístico que el propio White quería evitar. Considero que esto se logra si pensamos el ciclo no en términos de las escuelas estructuralistas sino pragmatistas. Por el contrario, la tropología es relacional, es decir, cada acto tropológico implica un giro en relación con algún otro tropo; no es la mera conformación aislada de un contenido informe, por tanto, es en la comparación entre diversas interpretaciones que podemos capturar el tropo motivante de la misma. Cada representación es ella misma una articulación contingente de formas de tramar, explicar y comprometerse ideológicamente, que no responde a la realidad sino a ese giro tropológico en respuesta o rechazo a la articulación anterior.

En fin, como podremos ver, ha sido y es una preocupación constante para White el detallar explícitamente el estatus del instrumento metahistórico utilizado para analizar, a su vez, las representaciones y conceptualizaciones de los eventos o procesos sociales. Por otra parte, si bien no quedan dudas de que estamos ante instrumentos de carácter metahistórico, White es consciente de la necesidad de abordar las cuestiones filosóficas acerca del estatus del lenguaje en general y del lenguaje histórico y metahistórico en especial. En otras palabras, apelar a categorías metahistóricas para analizar los discursos históricos o los cambios conceptuales y políticos de los que se ocupa la historia no lo libera de responder a posibles acusaciones de determinismo en relación con el lenguaje y aquello de lo que habla. Justamente en el caso de una ciencia como la historia, que hace gala de su empiricismo y fundamental apego a la evidencia y a los hechos, cualquier introducción de conceptos históricos (para dar cuenta de los acontecimientos del pasado) o metahistóricos (para dar cuenta de la propia producción historiográfica) que no hayan sido, de algún modo, derivados de la «evidencia» o no muestren alguna conexión con la realidad pasada deviene sospechosa.

Mi sugerencia apunta a que la NFH —tan prolífica en la oferta de un instrumento metahistórico potente para revelar todo lo que está implicado en una controversia acerca del pasado no resoluble por la mera apelación a la evidencia— no ha sabido elaborar una estrategia eficaz de defensa de su instrumental metahistórico y ha coqueteado, a veces, con alguna versión kantiana de dicho instrumental o reeditado el dualismo lenguaje/realidad que quería disolver. Este flanco débil proviene,

según mi perspectiva, de no acentuar suficientemente el carácter pragmático social de nuestras prácticas lingüísticas. Más concretamente, la NFH ha advertido su familiaridad con el pragmatismo clásico, el neopragmatismo y la filosofía wittgensteiniana —tales son los casos de la apreciación positiva del neopragmatismo rortyano por parte de Keith Jenkins y Frank Ankersmit, o la reciente revalorización de las nociones de *experiencia* de William James y John Dewey por parte de Martin Jay. Pero estos recorridos o bien no han sido suficientes para evitar las consecuencias escépticas o bien han significado un regreso a alguna forma de fundacionismo experiencial. Esto se debe, me aventuro a afirmar, a que no se han tenido en cuenta a aquellos exponentes del pragmatismo mayormente inspirados en la reflexión sobre el estatus del conocimiento social e histórico, que permiten apreciar el pluralismo controversial propio de las ciencias sociales e históricas como signo de fertilidad investigativa. Estas reflexiones pragmatistas que traigo aquí beben de una doble fuente: una que remite a la noción de «finitismo del significado» (*meaning finitism*) inspirada en las *Investigaciones Filosóficas* de Ludwig Wittgenstein, desarrollada por Barry Barnes y David Bloor a partir de sus investigaciones sobre sociología del conocimiento y profundizada recientemente por Martin Kusch, historiador y filósofo de la ciencia. Y otra del pragmatismo clásico, específicamente el conductismo social de George H. Mead y que dio lugar al programa de investigación sociológico conocido como *interaccionismo simbólico*.

## 2

En su primera y canónica formulación, la teoría, señala Martin Kusch en *Knowledge by Agreement* (2002) se presenta sobre todo en relación con los conceptos empíricos pero es una teoría general del significado. En contraste con el determinismo lingüístico, interesado en explicar cómo el significado previamente constituido determina las sucesivas aplicaciones (la extensión) y cómo el término es verdadero de esa extensión (determinación y verdad), para el finitismo los significados se desarrollan a través del tiempo y nunca serán suficientemente estables ni fijados como para determinar la extensión. Los significados son hechos y rehechos por los usuarios del lenguaje. Si bien estrictamente son las instituciones sociales las que estatuyen los ejemplares para el uso correcto, solo en las prácticas los significados son juzgados, invocados, adscriptos, corregidos, desafiados y convenidos. Para apreciar esta especial consideración del carácter social, contingente y activo del significado, nuestros autores nos ofrecen un ejemplo acerca del aprendizaje ostensivo de clasificaciones por parte del niño y una consideración teórica sobre la naturaleza de las instituciones sociales. Vayamos al caso.

Durante el entrenamiento, el niño se provee de un conjunto limitado de ejemplos de una categoría dada, esto es, no toda instancia de aplicación tiene el estatus de ejemplar. Dado el carácter local del aprendizaje, diferentes niños contarán con diferentes conjuntos. ¿Por qué hablamos de *ejemplares* y no meramente de la aplicación del término a una nueva instancia? Porque el aprendizaje involucra la habilidad para nuevas e impredecibles aplicaciones: eso quiere decir que cada nueva aplicación no viene determinada por alguna norma más allá de la aplicación, ni los casos de aplicación son idénticos; más bien, quiere decir que cada nueva aplicación es performativamente un juicio de similaridad. Tres observaciones aclararán este punto. Primero, los juicios de similaridad no son subjetivos sino contextuales y la mayor parte del tiempo hay acuerdo. Segundo, este acuerdo persistente se explica tanto por la común fisiología como por el común entrenamiento lingüístico de los participantes en la interacción comunicativa. Tercero, no obstante fisiología y entrenamiento común, hay lugar para la diferencia. En fin, intereses y objetivos controversiales conllevarán a juzgar de manera diferente la similaridad de los casos. El conjunto de ejemplares para una categoría dada cambia con el tiempo, el niño construye un conjunto a través del tiempo agregando nuevos ejemplares a los viejos, arrojando y remplazando otros, siempre a partir de las interacciones en las que se involucra (Kusch, 2002, p. 204).

Vayamos ahora a la teoría social. La consideración wittgensteiniana de los juegos del lenguaje como seguimientos de regla y las formas de vida como los juegos de lenguaje compartidos habilitaron a filósofos como Winch, Anscombe y los sociólogos de Edimburgo a concebir la sociedad sin caer en la dicotomía individualismo/holismo. Ello es así pues las instituciones sociales están también sujetas a la lógica del finitismo, su producción y su reproducción no están determinadas por reglas ni normas preexistentes a las acciones de los agentes, es más, las reglas y normas son ellas mismas instituciones sociales, ligadas de manera intrínseca al discurso que habla sobre ellas. El discurso creador de instituciones es autorreferente: el discurso sobre el dinero crea *dinero* como referente para ese discurso; por ello los actores sociales tienen que hacer decisiones respecto al uso del *dinero*<sup>4</sup>.

Contrariamente a aquellos que temen que el giro lingüístico ineluctablemente fusiona *palabra* y *cosa*, la versión finitista del giro no sostiene la afirmación *naïve* de que la comunidad hace a algo *gato* por llamarlo *gato*, no iguala *hacer de crear* y *hacer de categorizar*. Solo advierte que el agrupamiento de ciertos animales

---

<sup>4</sup> Muchas instituciones sociales tienen el carácter de modelo de consenso local. En este modelo, una aplicación es *correcta* más que *incorrecta* debido a que los interlocutores «dejan continuar» (*get away with*) o, incluso, aprecian el modo en que se ha juzgado la similaridad entre un ejemplar compartido y una entidad encontrada. Dentro de esta lógica, el medio ambiente causa pero no determina la corrección (Kusch, 2002, p. 206).

para llamarlos *gato* no solo no responde a características de los animales mismos sino que ningún acuerdo sobre cómo agrupar garantiza ni determina las futuras aplicaciones del término. Las aplicaciones no se basan en la identidad sino en la similaridad; eso implica que el conjunto de ejemplares deriva continuamente, continuamente se están renegociando las aplicaciones, al punto que ningún individuo aislado podría capturar por sí solo aquellos casos que sean similares, pues, dado que siempre hay desviaciones, el individuo no tiene los recursos para ejercer el monitoreo de sus propias performances apelando a algún criterio independiente.

Podemos resumir en cinco tesis esta consideración social del significado y el lenguaje que se hace cargo de la contingencia del mismo sin caer en el idealismo ni el determinismo lingüístico.

- (1) Las aplicaciones futuras de un nombre quedan abiertas.
- (2) Ningún acto de aplicación es indefectiblemente correcto, la relación entre las numerosas aplicaciones de lo «mismo» remite al símil o analogía y no a la identidad.
- (3) Todos los actos son revisables en función de la deriva en el conjunto de ejemplares o por intereses.
- (4) Las aplicaciones sucesivas de un término de clase no son independientes entre sí, por el contrario, influyen en las nuevas aplicaciones.
- (5) Las aplicaciones de diferentes términos no son independientes.

*Meaning finitism* es justamente el rechazo a la creencia en la fijación de la extensión, esto es, si la *intención* es el significado y la *extensión* es la clase de sus aplicaciones, el significado entonces *determina* (fija a futuro) la extensión. Con todo, para *meaning finitism* la extensión no existe por fuera de las decisiones de los hablantes. El contenido de la clase depende de las decisiones.

Ahora bien, el acento puesto por Kusch en el carácter interesado, situado e impredecible de las estabilizaciones del significado, no lo conduce a expulsar la deriva conceptual al ámbito de lo irrepresentable o incognoscible, por el contrario, el historiador en retrospectiva puede reconstruir la deriva. Es como si para Kusch el finitismo del significado no cuestionara la consideración del sentido común sobre la radical diferencia entre pasado (como irrevocable) y el futuro (lo incierto e indeterminado). Una consideración *presentista* de la historia sería una forma de escepticismo. Es en este preciso punto que encuentro crucial que la NFH preocupada por las posibles consecuencias idealistas y deterministas de sus instrumentos metahistóricos, incluya como interlocutor a George H. Mead.

La importancia del conductismo social meadeano para el desarrollo de los estudios sociales en términos comunicativos, basada en una consideración social e interactiva del significado, situada o comunitaria y de acuerdo con intereses, ha alcanzado amplio reconocimiento. Por su enfoque conductista, supera la instrospección, el cartesianismo y los idealismos. Por su enfoque social, supera el individualismo al que quedaba atado el conductismo watsoniano. Junto con los exponentes de la Escuela de Chicago (entre los que se encuentra Herbert Blumer, quien acuñó el nombre *interaccionismo simbólico*) da lugar a un programa sociológico que aprecia el carácter previo y constitutivo de la sociedad para el individuo evitando, no obstante, las consecuencias deterministas y teleológicas del funcionalismo.

El reconocido trabajo de Mead sobre el origen de la comunicación significativa a partir de la conversación gestual ha sido crucial para las sociologías que ponen a la acción comunicativa y al intercambio lingüístico como base de la organización social. La significación surge y reside dentro del campo de la relación entre el gesto de un organismo humano y la subsiguiente conducta de dicho organismo en cuanto es indicada a otro organismo humano por ese gesto. Si el gesto indica efectivamente a otro organismo la conducta subsiguiente (o resultante) del organismo dado, entonces tiene significación. La matriz dentro de la cual nace la significación es una relación triple entre el gesto en el primer organismo, el gesto con el segundo organismo y el gesto con las subsiguientes fases del acto social dado. El gesto no es la expresión o exteriorización de la interioridad del organismo sino que es gesto en la matriz del acto social.

La contribución de esta consideración social y sistémica de la significación a la disolución de los dualismos mente/mundo y naturaleza/conciencia ha sido plenamente reconocida. Pero hay un aspecto crucial de la filosofía meadeana que hace necesario hoy volver a ella y ponerla en conversación con los exponentes del giro lingüístico de la NFH: su compromiso con la teoría de la selección natural y con la tesis emergentista. Como Mead nos explica en *Espíritu, persona y sociedad* (1999), el origen de la inteligencia en el plano humano no es más que la adaptación mutua de los actos de los diferentes individuos humanos. Este proceso social del hombre se lleva a cabo gracias a la comunicación por medio de gestos en los planos inferiores de la evolución humana y por símbolos significantes (los gestos que poseen significación son más que meros estímulos sustitutos) en los niveles superiores de dicha evolución. Mi propuesta es efectuar una apropiación pragmática de la emergencia como programa de investigación en tanto no toma como precedente de la investigación aquello que tiene que explicar.

Quisiera apropiarme del emergentismo como una heurística histórica que permite rastrear la aparición de facultades y procesos humanos de máxima complejidad sin presuponer un individuo o mente por fuera del propio proceso de su aparición.

Aceptar la emergencia para dar cuenta de la conciencia o la mente es el resultado de la propia actitud conductista y social, como un programa de investigación que en lugar de apelar a *a priori*s, investiga los productos sofisticados de la sociedad humana en términos de emergencia, como resultado de interacción social básica y vital; la experiencia es conducta y la conducta es social.

El emergentismo es lo que hace a la consideración activo-holista del acto significativo más radical en la desactivación del idealismo y determinismo lingüísticos que acechan a toda consideración sociolingüística del conocimiento a la que han adherido en general los nuevos filósofos de la historia y, en particular, White. El emergentismo permite la disolución del dualismo *conocimiento histórico* (no fijo, cambiante y discontinuo) y *pasado en sí* (fijo e irrevocable responsable del escepticismo histórico). En «El presente como locus de la realidad» (Mead, 2002) el emergentismo y la consideración activo-holista del acto significativo son aplicados al estudio de la naturaleza del presente y la experiencia. Siguiendo a Whitehead, Mead muestra la inasibilidad de la noción de *presente instantáneo* pues, en rigor de verdad, en tanto los instantes son infinitamente divisibles no son experimentables. El presente o los presentes son especiosos, densos y diversos en su amplitud temporal, implican un futuro y un pasado que negamos que existan. La densidad del presente se manifiesta en sus características identificatorias propias: el devenir y el desaparecer, el llegar a ser y el dejar de ser. La realidad es la realidad de nuestra experiencia del presente, siendo la experiencia un proceso vital de autoajuste entre el organismo y el entorno. Es en este contexto que surge la pregunta, según Mead, por la relevancia que tendría para nuestra experiencia y para la del científico y el historiador, la existencia del pasado independiente del presente. ¿Qué diferencia haría a nuestra investigación aceptar no solo la realidad del pasado sino el hecho de su irrevocabilidad sin importar lo que ocurrió después? ¿Qué importancia tendría la idea de que nada de lo que ocurriera después que el pasado pasó podría cambiar sus características universales o eternas? En un sentido relativo a nuestra propia experiencia, el pasado o los pasados con los que nos enfrentamos son tanto revocables como irrevocables. Son revocables pues aun cuando el historiador pueda reconstruir lo que pasó y dar una explicación autenticada, no podrá evitar que la reconstrucción que hagan los historiadores del futuro difiera de la nuestra. Pero, además, el pasado es revocable pues el mundo de los historiadores del futuro no podrá diferir del mundo que es hoy sin rescribir el pasado que ahora vemos al volver nuestra mirada atrás. La finalidad o significado del «lo que fue» pertenece al mismo presente en que se explica ese «lo que fue»: el «lo que fue» es «lo que fue» para mí o para nosotros ahora en nuestro presente y cambiará para otro presente. «La verdad es que el pasado está ahí, en su certeza o probabilidad, en el mismo sentido en el que está el emplazamiento de nuestros problemas» (Mead, 2002, p. 196).

Ahora bien, Mead parece dar un respiro al creyente en la realidad del pasado concediendo que el carácter de irrevocable nunca se pierde... lo sucedido es irrecuperable. Pero de ello no se sigue la relevancia para nuestra experiencia de un pasado real en el que estamos haciendo descubrimientos, pues, nuevamente, necesitamos confrontar el pasado real con el presente desde el punto de vista del presente, desde el punto de vista de lo emergente, de la ocurrencia de lo emergente. El pasado al que miramos desde el punto de vista del emergente es otro pasado, es un pasado diferente ¿Por qué? Porque el *emergente* por definición no es una consecuencia necesaria del pasado; antes de que emergiera, el pasado no era un pasado de ese emergente. Ahora bien, una vez que emergió, se puede, sí, descubrir la conexión con el pasado al que siguió, en fin, se puede reconstruir el pasado, pero esa reconstrucción es una redescipción que muestra en el presente al emergente como siguiéndose de ese pasado (2002, p. 195). Como ha señalado en «La realidad objetiva de las perspectivas», la reconstrucción en un presente del pasado es parte del pasar, es un emergente del proceso, es un proceso de autoajuste del organismo con el entorno. La perspectiva no es el pensamiento desde el punto de vista del ojo de Dios o externo al propio proceso. La perspectiva es un evento novedoso no determinado aunque condicionado por el entorno que emplaza los problemas que promueven la redescipción o rearticulación del sistema. No hay idealismo ni determinismo. Es momento ahora, de atravesar la consideración whiteana sobre el proceso de interpretación histórica con el objetivo de apropiarnos pragmáticamente de su propuesta metahistórica sin peligro de idealismo o determinismo lingüístico.

### 3

En «Narrative, Description, and Tropology in Proust» (1999a), White busca identificar la función predescriptiva y preexplicativa de la interpretación producto de la etapa que él considera preliminar de asir un objeto por la conciencia. La modalidad de la articulación discursiva no puede ser elucidada en términos lógico-deductivos. Ahora bien, este autor no solo está afirmando el holismo lingüístico, sino que da un paso más para sugerir que la relación entre los elementos que componen una estructura interpretativa es tropológica; es decir, responde a algunas de las cuatro figuraciones de la retórica clásica.

*Sodome et Gomorre* es para White una teoría aplicada de una teoría de la interpretación. El pasaje de la contemplación de Marcel de la fuente de Hubert Robert describe cuatro percepciones de la caída del agua de la fuente como intentos de reconocimiento a medida que se acercaba. El pasaje, por un lado, tiene una estructura tropológica y, por el otro, tiene una semejanza estructural con las tres escenas

precedentes: la que abre el capítulo con la observación de una escena de seducción homosexual, los esfuerzos de Marcel en reconocer e identificar la taxonomía de tipos nobles y *hangers-on*, la genuina nobleza con la hipocresía. Cada escena conforma un *interpretandum* diferente: homosexualidad, tipos sociales marginalizados, nobleza y obra de arte. Cada una contiene cuatro descripciones de su objeto en una manera figurativa distintiva (cada escena tiene una estructura tropológica) y cada una consiste de consideraciones narrativas del esfuerzo del narrador para reconocer e identificar la naturaleza y clases de objetos contemplados, cada una, en fin, contiene una consideración del pasaje del narrador entre las modalidades dominantes de figuración: de una apreciación metafórica a una dispersión metonímica de sus atributos, a una comprensión sinecdótica de su posible naturaleza a un distanciamiento irónico del proceso de interpretación<sup>5</sup>.

La *interpretación* es una articulación discursiva que se realiza en el habla o la escritura como resultado de impredecibles movimientos del pensamiento en forma de «giros». Este proceso no podría ser reconstruido lógicamente, sino figural y tropológicamente, esto quiere decir que una interpretación no solo nos presenta sus objetos de interés o temas *sino que, no literalmente, sino tropológicamente* remite al proceso mismo de figuración que transforma el referente de un objeto de percepción en un posible objeto de conocimiento. Es decir, como discurso es tanto acerca de lo que habla como acerca de cómo habla, sin poder realizar una distinción analítica estricta entre el metanivel y el lenguaje objeto. Ahora bien, en términos de sumo dramatismo, White dice que la interpretación «desea» hablar la verdad literal acerca de sus objetos de interés pero (la propia interpretación) se genera por un sentido fundamental de la inadecuación de cualquier convención de literalidad para la representación de esos objetos.

Explicitado en estos términos White parece estar hablando del discurso a la manera de un macro sujeto autoconsciente: el lenguaje que desea, al tiempo que sabe que no puede cumplir su deseo, expresiones que dejan abierta la puerta para todo tipo de críticas sobre determinismo lingüístico, reificacionismo, etcétera. ¿Cómo podríamos apropiarnos del instrumento metahistórico y metalingüístico que nos provee la tropología y evitar el desliz al cartesianismo o al determinismo lingüístico?

<sup>5</sup> Las tres escenas sirven como significado principal de la escena de la fuente misma pues permiten comprender la ubicación de la descripción de la fuente en la narrativa mayor en tanto cumple una función metanarracional: la cuarta descripción, la irónica, del surtidor como no más que un surtidor habilita tomarlo como una instrucción de Proust a leer los eventos de este relato como un relato. Entre la primera y la cuarta escena no hay conexión causal ni lógica sino trópica, por esto White entiende, impredecible, innecesaria, indeducible, arbitraria pero al mismo tiempo funcionalmente efectiva y retrodecible como una unidad narrativa una vez que su relación trópica a lo que viene antes y a los que viene después es discernida. White (1999a, p. 132).

¿Cómo evitar una lectura mecanicista de la deriva del lenguaje? ¿Cómo evitar ver el ciclo tropológico en términos teleológicos, dirigidos a un fin?

Existe una manera más terrenal y menos dramática de expresar el carácter no lógico ni empírico de la articulación: en la versión finitista podemos sostener que cada articulación es resultado de negociaciones llevadas a cabo por agentes activos según sus intereses y que la relación entre los elementos de cada interpretación así como de las diferentes interpretaciones puede reconstruirse tropológicamente en lugar de lógica o racionalmente. Por tanto, la *inadecuación* es esencial no porque el objeto referente sea esencialmente determinado e inalcanzable para el lenguaje, sino porque cada articulación es resultado de una negociación contextual y contestable por otros agentes<sup>6</sup>.

Principalmente debemos notar que aquellas unidades de las que se ocupa la historia intelectual, la historia de la ciencia, la historia de la historia, no son entidades aisladas sino que interesan en comparación para ver el cambio y la continuidad. Al igual que con las escenas descritas por Proust, cada articulación y cada paso de una articulación a otra puede reconstruirse tropológicamente, queriendo destacar con ello la naturaleza impredecible y contingente de una deriva de tipo conversacional más que lógica o racional. No se trata de estructuras ni de relaciones objetivas ni subjetivas. La tropología no nos enfrenta con una estructura autónoma con sus propias leyes: el lenguaje o el discurso ni con el interior de los sujetos, el pensamiento. La tropología nos muestra las derivas conversacionales, posibles y contingentes en torno a los asuntos humanos en los que se ponen en juego controversial y contingentemente cuestiones epistémicas práctico-morales y expresivas de modo no coherente. En fin, se trata de dar cuenta de la articulación discursiva como si quisiéramos ir más allá de la articulación misma, la cual se nos presenta, a la vez, como acabada y coherente, pero no definitivamente satisfactoria. Ahora bien, la insatisfacción no debe atribuirse a una inadecuación objetiva con el objeto independiente sino que, desde un punto de vista metahistórico, advertimos que es el resultado del conflicto de intereses entre individuos activos.

---

<sup>6</sup> Si, como dice White, la retórica es la teoría de las bases tropológicas del habla, discurso y textualidad, eso debería querer decir que hablar del discurso nunca puede hacerse desde el punto de vista de la primera persona del singular, suponiendo que hay un interior que el crítico o el historiador debe capturar por algún procedimiento empático. Las palabras de este autor cuando remite al pensamiento o la conciencia podrían erróneamente hacer sospechar abrirse a la introspección. Pero por mi parte sostengo que o bien remite a la tercera persona en tanto que se limita a analizar lo que se muestra y lo que se muestra es que «la estructura de las modalidades de figuración utilizadas en el proceso de transformar el referente de un objeto de percepción en un objeto posible de conocimiento cuenta entre los contenidos del discurso específicamente interpretativo» (1999a, p. 128).

El texto de Proust, según White, pone en funcionamiento el instrumento tropológico mismo, podríamos decir que el pasaje proustiano funcionaría como un ejemplar de la interpretación para aplicar en aquellos casos en que nos interesamos para reconstruir la estructura de una interpretación o para reconstruir una controversia interpretativa o para reconstruir la historia de las interpretaciones (articulaciones y rearticulaciones figurativas) de un evento o proceso histórico-social.

La deriva tropológica no es un proceso autodirigido desde el pasado hacia el presente y el futuro, en términos estrictos es una articulación retrodictiva. No hay ninguna necesidad de pasar de la metáfora a la metonimia y etcétera. No hay ningún motor de cambio lingüístico; es más, no hay un primer momento metafórico a partir del cual se suceden los otros giros. Solo desde el presente o, en otros términos, desde cualquier punto de partida podemos articular los otros momentos como figuras que piden cumplimiento, como la metáfora que será fragmentada en una metonimia o sinecdóquicamente integrada. Hablamos en futuro, pero estamos actuando hacia atrás. Desde cualquier instancia se puede articular el ciclo y reconstruir la controversia y el consenso. El instrumento nos pone en evidencia los intereses en conflicto o en consenso a la hora de actualizar una articulación discursiva<sup>7</sup>.

Nuestra propuesta concreta reside en ofrecer una estrategia de relectura pragmatista de la propuesta metahistórica whiteana con el objetivo de evitar el determinismo y el idealismo lingüísticos. Ello permitirá apreciar a los tropos como articulaciones significativas contingentes, situadas y revocables, y evitar concebir a la causalidad figural (que conecta los pasos de un tropo al otro) en los términos de un derrotero lingüístico inevitable pero insatisfecho por esa realidad que se resiste a ser articulada. Cada articulación tropológica es resultado de un giro o *drift* del lenguaje para presentarse como realizando lo que alguna articulación anterior no logró, pero la ineficacia de la articulación anterior y la superioridad presumida de la nuestra depende de la situación presente y es resultado negociado según los intereses cooperativos de la propia situación. El carácter precursor de la articulación anterior es un elemento de la articulación en el presente, no es algo que viene del pasado ni que determina desde el pasado. Por eso mismo, el realismo de nuestra propia articulación tropológica depende del contexto de situación y es, por eso, contingente y revocable por otro giro tropológico que medirá su superioridad no por una comparación efectiva con

---

<sup>7</sup> El discurso interpretativo está gobernado por los mismos principios de configuración que la narración para dotar a los eventos con la coherencia estructural de un *plot*. El texto de Proust cuenta un relato en el que el individuo es narrador y protagonista y los temas son los procesos de búsqueda y reconocimiento, pérdida y recuperación de significado, reconocimiento y mal reconocimiento, identificación y mal identificación, nombrar y mal nombrar, explicación y ofuscación, iluminación y mal iluminación (White, 1999a, p. 143).

la articulación anterior sino en relación con la nueva situación. Esta lectura desde el pragmatismo social captura no solo la contingencia —revocabilidad de toda articulación conceptual y lingüística en general e historiográfica en particular, sin apelar a una realidad independiente de toda articulación que se resiste a ser articulada o escapa a toda articulación— sino que además nos permite apreciar la utilidad de los instrumentos metahistóricos para el análisis de las controversias historiográficas.

## CONCLUSIÓN

Las contribuciones pragmatistas originadas en las reflexiones sobre los estudios sociales permiten tomar distancia contra cualquier semiótica social de raíz estructural funcionalista del lenguaje y del metalenguaje<sup>8</sup>. Esto es, las actividades mediante las cuales los miembros de una sociedad producen y manejan las situaciones de las actividades cotidianas organizadas son las mismas que los métodos que utilizan para hacer explicables esos contextos. White no ha cejado en interesarse por producir un instrumento metalingüístico que rastree el cambio conceptual o interpretativo, que rastree las articulaciones, desarticulaciones y rearticulaciones. Mi tesis es que para involucrarse en ese juego metahistórico de naturaleza metalingüística no hace falta apelar a dos órdenes ontológicos separados y con leyes diferentes, sean pensamiento y lenguaje, lenguaje y mundo, concepto y evento. Los tropos y los conceptos metahistóricos son ellos mismos intervenciones lingüísticas efectuadas en relación con el interés de reconstruir el cambio conceptual, interés situado que incidirá en la metahistoria que resultará, sea conflictiva o consensuada, y que no dejará de ser contingente y revisable siempre según intereses. Cada nueva articulación, además, resulta una intervención en el presente que responde a un reajuste con el entorno, es la emergencia de la novedad cuya validez no depende de condiciones determinantes del pasado sino de la nueva negociación.

No hay determinismo lingüístico sino agentes activos usando sus instrumentos, ni hay peligro de autorrefutación por autorreferencialidad, el aparato metahistórico puede aplicarse al propio ejercicio metahistórico, se puede comprender figuralmente la figuración misma, tropológicamente el tropo.

---

<sup>8</sup> Justamente, en esta misma línea, Cecilia Hidalgo describe el giro wittgensteiniano dado por el antropólogo Clifford Geertz, evadiendo la heteronormatización del lenguaje. La desemejanza entre las posiciones de Claude Lévi-Strauss y de Geertz, tanto en lo filosófico como en lo teórico y metodológico, resulta abismal y sus metáforas son eco de esa desemejanza. Es más, son las metáforas del juego y del drama, pero sobre todo de la acción social como texto las que permiten a Geertz mostrar su distancia con respecto de una semiótica social estructural-funcionalista (2012).

Finalmente, sí, habrá relativismo, pero ello no involucra que las articulaciones metahistóricas sean arbitrarias o idiosincráticas, sino contextuales en tanto productos activos de agentes, resultado negociado de intereses, contingentes e impredeciblemente revisables. Con lo cual no solo estamos advirtiendo sobre la no existencia de leyes o códigos lingüísticos que nos guíen en nuestros juegos metahistóricos sino que además tenemos que negociar nuestros intereses a la hora de producir una nueva rearticulación que reconstruya retrospectivamente el cambio o deriva.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hidalgo, Cecilia (2012). De las máquinas y los organismos a los juegos y los textos: el valor cognitivo de las metáforas en ciencias sociales. En Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (comps.) *Hayden White, la escritura del pasado y el futuro de la historiografía*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Kusch, Martin (2002). *Knowledge by Agreement: The Programme of Communitarian Epistemology*. Oxford: Oxford University Press.
- Lavagnino, Nicolás (2011). Topología, agencia y lenguajes históricos. Escepticismo, relativismo y ficción en la filosofía de la historia de Hayden White. *Ideas y Valores. Revista Colombiana de Filosofía*, LX, 145.
- Mead, George H. (1999). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.
- Mead, George H. (2002). *La filosofía del presente*. Madrid: CIS.
- White, Hayden (1992). *Metahistoria, La imaginación histórica en el siglo diecinueve*. México DF: FCE [primera edición en inglés: 1973].
- White, Hayden (1999a). *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*. Maryland: The Johns Hopkins University Press.
- White, Hayden (1999b). Preface. *Figural Realism. Studies in the Mimesis Effect*. Maryland: The Johns Hopkins University Press.